



Este autor, pintor y doctor en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid, analiza en su trabajo la obra de algunos de los artistas contemporáneos poniéndola en relación con la de otros pertenecientes a épocas anteriores. Su intención es descubrir un sustrato común que explique la coincidencia de planteamientos, creando entre ellos un sutil hilo de parentesco con el que hilvana siglos de tradición.

Consciente de la amplitud, variedad y multiplicidad de puntos de vista desde los que es posible abordar esta tarea, centra su estudio en la cultura occidental, recorriéndola en sentido inverso hasta encontrar lo que él considera las tres raíces más importantes del arte actual: la prehistórica, la clásica y la medieval, semillero de tradiciones culturales y estéticas que han dado lugar a la creación de imágenes arquetípicas, plenas de significados simbólicos.

Desde ahí, centrándose en lo que denomina la *teoría de las sustancias* y con el Renacimiento como frontera —ya que es en este momento cuando los materiales artísticos comienzan a ser suministrados por el mercado—, establece como punto de partida las tres genealogías, a las que aludíamos, en las que la materia prima con la que se construye la obra es el reflejo de un enlace (a veces contraposición) entre naturaleza y cultura que forman un tejido simbólico pleno de significados.

Bacon, artista cárnico, padre de la figuración de la postguerra, se revela como figura clave en este planteamiento porque, en opinión del autor, su «carne es a la vez caldo primitivo (sustrato elemental para la supervivencia), organismo clásico (esencia encarnada de la cultura) y espíritu cristiano (substancia alegórica de la fe)», punto de partida de cada una de las tradiciones en las que se enraízan cada una de las genealogías.

En el origen de la tradición, el fuego y su conservación, alumbró el primer atisbo de la cultura, permite contraponer lo crudo (la naturaleza) a lo cocido (la cultura) y derivar de este elemento el comienzo de la técnica y la civilización. El legado primitivo, marcado por la necesidad de supervivencia, configura al artista como Chamán, el legado sagrado como rito; la cueva como el lugar; la ecología como orden en el universo; la piedra como medio; la tierra como elemento; la huella como presencia del cuerpo; la máscara como el rostro; el totemismo como referencia animal; la venus esteatopigia como mujer; el pasaje es el trance; la utopía, el Buen Salvaje; el inconsciente, el viaje; y la perversión, la autenticidad. Olafur Eliasson, Walter de María, Meret Oppenheim, Piero Manzoni, Damien Hirst, Joseph Beuys, Adriana Varejao, Jackson Pollock, Miquel Barceló, Robert Smithson, Mario Meerz, Dubuffet, Richard Long, Giuseppe Penone, Carolee Schneemann, Jenny Saville, Daniel Lee, Rauschenberg, Max Ernst, Rebecca Horn, Antoni Tàpies, Stelarc, Panamarenko, Bruce Nauman y el Picasso de las «Señoritas de Avignon», entre otros, se alinean en esta filiación genealógica.

Por su parte, el legado clásico que emana de los textos de Homero sacraliza la memoria como sustancia esencial y fuente del conocimiento. Es el logos ahora lo que ocupa un lugar preferencial. La cultura clásica enfrenta carácter y destino y potencia la figura del héroe con el que identifica al artista y el hombre, convertido en ideal preside un nuevo orden antropomórfico; los mitos realizan una primera explicación del mundo en la que se apoya más tarde la filosofía y el templo, junto con el paisaje que lo rodea forman el escenario con el que se identifica el lugar; la piedra primitiva deviene columna y la carne, anfitriona de las almas humanas, elemento; la sombra pone de manifiesto al cuerpo y el rostro, que no se mira, es el de la Medusa; la mujer se convierte en Venus y el Mediterráneo es el viaje; la Arcadia, la utopía y la perversión, la Postmodernidad. Claudio Parmiggiani, Étienne-Jules Marey, Marcel Duchamp, Jannis Kounellis, Messerschmidt, Toni Cragg, Henri Moore, Gianni Anselmo, Jiri Kolár, Sol LeWit, Rachel Whiteread, Pino Pascali, Juan Muñoz,

Michelangelo Pistoletto, Robert Longo, Giulio Paolini, Antonio López, Peter Greenaway, Claudio Parmiggiani, George Segal, Louise Bourgeois, Francisco Leiro, Cindy Sherman, Orlan, Julian Schnabel, Pino Pascali, Guillermo Pérez Villalta, Jeff Koons y Francisc Torres, desde siglos de distancia, se relacionan con este mundo y con esta forma de hacer.

La tercera genealogía, trazada por el cristianismo en el umbral de la Europa Medieval y conducida por la obra de Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*, consagra la alegoría como sustancia nutricia. Desde la naturaleza al conocimiento y desde el conocimiento a la fe a través de la materia en la que se proyectan asociaciones simbólicas. El fuego, principio tecnológico en la etapa primitiva, cólera de Aquiles en el periodo clásico, se transforma en luz de fe para alumbrar el camino del hombre que enfrenta posiciones conflictivas entre Judaísmo y Cristianismo. Cristo es ahora el chamán y el héroe y Dios el artista, el gran creador a quien se le deben todas las cosas; la alegoría es el discurso y el lugar sagrado, la catedral; el orden, la mística y el medio, la cruz, síntesis del sentir, pero también del pensar; el elemento, el cristal, que refleja y deja ver; el cuerpo cede al alma su protagonismo y la mujer es María, desde la que se irradia el misterio de su maternidad cifrado en el misterio de la Encarnación; el animal,

el cordero transustanciado en la Eucaristía; el rostro, el de Jesús en el paño de la Verónica y el viaje, el desierto, en donde es posible discernir y encontrar la verdad; la utopía, la ciudad de Dios y la perversión, el nihilismo, que supone la muerte de la substancia. Claudio Parmiggiani, Christian Boltanski, Jake & Dinos Chapman, Barnett Newman, Andy Warhol, Robert Rymann, David Nebreda, Joseph Kossuth, Jenny Holzer, Gerhard Richter, dan Flavin, James Turrell, Bill Viola, Anselm Kiefer, Robert Morris, Salvador Dalí, Imi Knoebel, Wim Devoeye, Jan Dibbets, Yves Klein, Ron Mueck, Marc Quinn, Hermann Nitsch, Tony Oursler, Anthony Caro y Gottfried Heinwein, son artistas que, en opinión del autor, trabajan en esta línea.

Obra muy sugerente y de una gran plasticidad, aunque discutible en algunos aspectos, tiene la ventaja de realizar una novedosa propuesta que ayuda a poner orden y arrojar luz en el entendimiento del arte contemporáneo. Cálida como el fuego en el que se cuecen los alimentos; rigurosa en el planteamiento gnoseológico y preñada de intuiciones, constituye en sí misma una sustancia nutricia para los que se interrogan, desde la práctica artística, por el lugar en el que ellos mismos se encuentran, así como por su posible filiación con sus antecesores.

P. Blanco